

COVID-19 hoy ¿cómo enfrentar pastoralmente el futuro?*

Mario Moronta**

Resumen

Ante la dura realidad que vive la humanidad, se comprueba que estamos ante un fenómeno que puede banalizarse. El Papa Francisco ha enfrentado con una sabia reflexión el problema y nos invita a no sentir miedo ya que Jesús está presente en medio de esta situación iluminada desde el texto bíblico de la tempestad calmada. Por otra parte, hay que ir avizorando el futuro con ojos de fe. Se corre el riesgo de vivir la misma experiencia de los judíos cuando regresaron del exilio y es olvidar la centralidad de Dios y su alianza. Es algo que debe evitarse. Para enfrentar esta situación y otros peligros existentes, se requiere, por parte de la Iglesia y la sociedad promover un nuevo liderazgo que asuma los nuevos paradigmas que se están presentando. Para ello se necesitan hombres de fe, esperanza y caridad, que sean capaces de vivir y actuar desde el compromiso evangelizador de la misma Iglesia. Una tarea que no se debe dejar para después: lo cual exige promover, captar, formar y enviar a esos nuevos líderes, para que actúen en el nombre del Señor Jesús.

Palabras clave: COVID-19 - Pandemia - Emergencia - Creación - *Laudato Si'* - Liderazgo - Futuro - Líder católico - Promoción de liderazgo - Desafíos.

* Texto de la Conferencia organizada por el CEBITEPAL en forma virtual, vía zoom, el 29 de agosto 2020.

** Obispo venezolano. Licenciado en Teología Bíblica del Pontificio Bíblico de Roma. Actualmente tiene a su encargo pastoral la Diócesis de San Cristóbal. Colabora en el CEBITEPAL como docente en el área de la Teología Pastoral. Correo electrónico: mvmr1949@gmail.com.




COVID-19 today: How to face the future pastorally?

Summary

In the face of the harsh reality that humanity is undergoing, it is evident that we are facing a phenomenon that can be trivialized. Pope Francis has addressed the problem with a wise reflection on the biblical text of the calming of the storm which invites us to not fear since Jesus is present in the midst of this situation. On the other hand, we must be fixing our eyes on the future from a faith perspective. There is a risk of living the same experience of the Jews when they returned from exile, forgetting the centrality of God and the covenant. This must be avoided. To address this situation and other existing dangers, it is necessary, on the part of the Church and society, to promote a new leadership that will take into account the new paradigms that are arising. This requires people of faith, hope and charity who are able to live and act in a way which flows from the evangelizing commitment of the Church. This is a task that cannot be postponed—but rather requires searching out, promoting, training, and sending these new leaders to act in the name of the Lord Jesus.

Key words: COVID-19 - Pandemic - Emergency - Creation - *Laudato Si'* - Leadership - Future - Catholic Leader - Leadership Promotion - Challenges.



Hemos estado viviendo la terrible experiencia de la pandemia del COVID-19. Aún cuando comienzan a aparecer algunos artículos de un reciente pasado que advertían acerca de una posible pandemia, nos ha sorprendido a todos. Es algo que no pasaba por los cálculos de la mayoría de la humanidad. Quizás se hablaba de posibles guerras o confrontaciones, de cataclismos derivados del calentamiento global u otro tipo calamidades. Lo cierto es que no nos esperábamos que la catástrofe fuera tan grande y extendida. A veces veíamos como espectadores lejanos algunas epidemias. Incluso algunas producciones cinematográficas se aventuraban a proponernos el tema de “pandemias” que quizás se podían dar como “ciencia ficción”. Incluso en el campo de lo religioso han proliferado las visiones de tipo apocalíptico y los anuncios de castigos de parte de Dios por el mal comportamiento de los humanos.

Frente a esta pandemia han surgido miles de estudios, reflexiones y noticias. Las redes sociales y los noticieros se han saturado —y nos han saturado— al hablar del COVID-19. Hay “expertos” cotidianos que nos advierten si debemos tomar este u otro tipo de medicamento, inclusive de tipo naturista. Las opiniones de “médicos y científicos improvisados” y sin una clara identificación han invadido la paz de nuestras personas y comunidades, incluyendo los hogares. Quizás con un afán de mantenernos bien informados se ha caído en una especie de lectura de avances, muertes, resultados, etc. Como si se tratara de un parte de guerra o de resultados al estilo de los anuncios de victorias y derrotas en el campo de lo deportivo. A veces podrían dar hasta la impresión de que nos



encontrábamos ante una especie de torneo para ver qué país tenía mejores records... Así, algo tan golpeante e importante que estaba aconteciendo llegó a banalizarse.

Tampoco han faltado quienes se han ido valiendo de la crisis sanitaria creada para especular económicamente, justificar acciones contra la población. Dentro de este grupo de personas no han dejado de mostrarse muchos que sostienen acciones contrarias a la dignidad humana. Entonces hemos podido ver surgir propuestas que van en el campo de la justificación de eutanasia (“los ancianos y mayores mejor es que mueran ya que no tienen tanta expectativas de vida”) de los abortos llamados selectivos para evitar que las criaturas “nazcan contagiadas”. En algunos países, personeros del gobierno, de los militares y hasta del clero han mostrado un irrespeto y un desprecio a la dignidad de los posibles contagiados. Es el caso de Venezuela donde, los detentores del poder civil y militar, acompañados de un sacerdote, identificaron a migrantes que retornaban al país como “trocheros infectados bioterroristas”. A ellos se les puede aplicar lo que el Papa Francisco señaló con voz clara en *Laudato Si'* (n. 22):

Estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura.

En muchas partes se tomaron medidas. Unas más efectivas otras menos. Se vio el esfuerzo de médicos y científicos... pero se comprobaba también que eran y siguen siendo sobrepasados. En muchos países, la gente misma no ha tomado conciencia de la necesidad de cambiar de estilo y de tomar las precauciones necesarias. Esto ha repercutido en la expansión de la pandemia. Lamentablemente en algunos países, donde se pensaban que se habían dado pasos de superación, ha habido re-brotes de casos que vuelven a prender las señales y afinar nuevas estrategias.

No han escaseado los estudios serios y las interpretaciones científicas de lo que acontece. Sin embargo, no parecieran ser o

conocidas o asimiladas por la población mundial. Hay que agradecer a quienes de verdad, en cada uno de nuestros países y en el mundo entero, lo han hecho. Pero es necesario profundizar en ello y dar a conocer por los diversos medios disponibles para que se comience a tomar conciencia de la urgencia de un cambio de actitud por parte de todos.

El Papa Francisco ha sido un profeta que ha intuido el alcance y los desafíos que conllevan esta emergencia sanitaria que nos confronta. Ya, antes de lo que está aconteciendo, mirando hacia el futuro desde el presente en el que no se siente un debido cuidado de la “casa común” había advertido seriamente sobre lo que nos podría suceder:

El problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos, buscando atender las necesidades de las generaciones actuales incluyendo a todos, sin perjudicar a las generaciones futuras (*Laudato Si'* 53).

Por eso, llega a decir:

Llama la atención la debilidad de la reacción política internacional. El sometimiento de la política ante la tecnología y las finanzas se muestra en el fracaso de las Cumbres mundiales sobre medio ambiente. Hay demasiados intereses particulares y muy fácilmente el interés económico llega a prevalecer sobre el bien común y a manipular la información para no ver afectados sus proyectos (n. 54).

En su defensa de la “casa común”, ha estado en sintonía con lo enseñado por el Concilio Vaticano II y sus predecesores más cercanos.

Ha habido teólogos que han reflexionado acerca de lo “ecológico”. Hoy, ante la pandemia, también nos conseguimos con pensadores creyentes —católicos y no católicos— que tratan de



iluminar este tema desde la fe y se atreven a poner su mirada en el futuro. Francisco, en su encíclica ya nombrada, nos propone que reflexionemos acerca del “*EVANGELIO DE LA CREACIÓN*”. Y nos dice, entonces:

¿Por qué incluir en este documento, dirigido a todas las personas de buena voluntad, un capítulo referido a convicciones creyentes? No ignoro que, en el campo de la política y del pensamiento, algunos rechazan con fuerza la idea de un Creador, o la consideran irrelevante, hasta el punto de relegar al ámbito de lo irracional la riqueza que las religiones pueden ofrecer para una ecología integral y para un desarrollo pleno de la humanidad. Otras veces se supone que constituyen una subcultura que simplemente debe ser tolerada. Sin embargo, la ciencia y la religión, que aportan diferentes aproximaciones a la realidad, pueden entrar en un diálogo intenso y productivo para ambas (n. 62).

El pasado 27 de marzo, el Papa, movido por su celo apostólico y tratando de interpretar la angustia de amplísimos sectores de la humanidad, nos convocó a una jornada de intensa oración, que culminó con un mensaje *urbi et orbi* y la bendición con el Señor Sacramentado. En ese mensaje, además de dibujar algunas características del momento, iluminó con la imagen evangélica de la tempestad calmada, lo que está sufriendo la humanidad.

Según el Santo Padre, sin descartar las grandes posibilidades que hemos podido realizar, la pandemia nos ha permitido conocer nuestras profundas debilidades:

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de

anestesiarse con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. (Mensaje, Bendición *Urbi et Orbi*, 27.III.2020).

Desde esta perspectiva les propongo identificar esta situación que nos golpea con la vivida por el pueblo de Israel a su regreso del exilio en Babilonia. Ellos esperaban una especie de segundo éxodo, como bien nos lo recuerdan los profetas y algunos escritos del Antiguo Testamento. Era el gran anhelo de una “nueva liberación”. Bien sabemos que esta se dio. El pueblo, que había sido devastado, regresaba a sus predios en Israel y Jerusalén.

En esta ocasión, el profeta *AGEO*, quiso, en nombre del Señor, advertirles que no se distrajeran de lo esencial. La gente llegó a reconstruir sus casas y sus instituciones. Lo sentían como algo necesario e impostergable. Pero, el pueblo se olvidó de lo esencial: el templo y la presencia de Dios en medio de él. No porque lo otro no fuera importante, sino por lo que significaba. El pueblo había sido llevado al exilio por haberse olvidado de Dios... Y ahora al regreso, no se podía olvidar de lo esencial, que lo identificaba a ese pueblo; es decir, la alianza con Yahvé, simbolizada en la reconstrucción del templo.

Recordemos algunas de las palabras de Ageo:

Así dice Yahveh Sebaot: Este pueblo dice: «¡Todavía no ha llegado el momento de reedificar la Casa de Yahveh!» (Fue, pues, dirigida la palabra de Yahveh, por medio del profeta Ageo, en estos términos:) ¿Es acaso para vosotros el momento de habitar en vuestras casas artesonadas, mientras esta Casa está en ruinas? (*Ageo* 1,2-4).

El profeta ahora transmite un oráculo recibido para advertir en nombre del Señor:

Ahora pues, así dice Yahveh Sebaot: Aplicad vuestro corazón a vuestros caminos. Habéis sembrado mucho, pero cosecha poca; habéis comido, pero sin quitar el hambre; habéis bebido, pero sin quitar la sed; os habéis vestido, mas sin calentaros, y el jornalero ha metido su jornal en bolsa rota (1,5-6).



Este texto profético, hoy, también resulta para nosotros una llamada de atención. Aún en medio de la pandemia, con todas sus consecuencias, se nos ha invitado a pensar qué debemos hacer luego de la emergencia sanitaria creada en estos tiempos. Se nos ha hablado claramente que nos enfrentaremos a una situación futura que ha sido trastocada. Se habla de que ya no será lo mismo; que hay y habrá nuevos paradigmas; que el cambio de época terminará por acelerarse... En fin, aunque no hay un escenario del todo cierto, sí existe una preocupación por asumir los retos que vamos descubriendo.

Ciertamente comienzan a darse algunos intentos de reflexión al respecto. Nos conseguimos con algunas diócesis e instancias eclesiales que están diseñando el plan de pastoral y las estrategias pastorales para el futuro que, aunque no sabemos cuándo llegará exactamente, avizoramos y anhelamos. Sin embargo, a pesar de esas reflexiones, corremos el riesgo que tuvieron aquellos israelitas a su regreso del exilio: preocuparse de manera inmedatista y excluyente de lo que se ha perdido, se ha dejado de hacer... y volver a las andanzas sobre las cuales se nos ha llamado también la atención.

Lo retrató el mismo Papa Francisco en su mensaje del 27 de mayo pasado:

En nuestro mundo, que Tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo.

Más de uno estará pensando y anhelando el final de la emergencia sanitaria para retornar no al encuentro con Dios, sino con su forma de vivir, dejando a Dios en un segundo plano, o quién sabe dónde.

□

Esto es un gran desafío para la Iglesia en Latinoamérica. Lo hemos de ver, ciertamente dentro de la perspectiva de su misión. Siempre estamos llamados a proclamar el evangelio de Jesús, a tiempo y a destiempo; evangelio de liberación y que apunta a construir el Reino de Dios, a la reconciliación, a la experiencia actualizada de la salvación nacida de su muerte y resurrección. Y, desde este mismo horizonte, la actitud del profeta antes mencionado nos sirve de iluminación: le tocará a la Iglesia, madre y maestra, contribuir decididamente para que la post-pandemia no se convierta en una carrera demencial hacia la recuperación de lo que se dejó o se pudo haber perdido; de retornar al olvido de Dios y de lo trascendente, que incluye la preocupación de los unos por los otros. Entonces, el mensaje deberá estar acompañado del compromiso y de la acción de todos los creyentes.

Por gracia de Dios, tenemos algunos elementos iluminadores que nos permiten no solo entender la urgencia de prepararnos para ese futuro y diseñar estrategias y metodologías evangelizadoras y pastorales; sino también que nos garantizan que la Iglesia, con su voz y actuar de carácter profético, puede articular los esfuerzos de los creyentes y de tantas personas de buena voluntad. Así lo podemos encontrar en el Documento de Aparecida (n. 53):

La necesidad de construir el propio destino y el anhelo de encontrar razones para la existencia pueden poner en movimiento el deseo de encontrarse con otros y compartir lo vivido, como una manera de darse una respuesta. Se trata de una afirmación de la libertad personal y, por ello, de la necesidad de cuestionarse en profundidad las propias convicciones y opiniones.

La Iglesia es consciente de estar en un cambio de época, donde hay que situar el futuro desde la actual experiencia desafiante de la pandemia. Esto es posible. La Iglesia es capaz de articular los esfuerzos de todos y alentar la esperanza, sin más interés que el del Reino de Dios. La Iglesia lo puede hacer por estar encarnada en medio de un pueblo que sufre pero mantiene anhelos de crecimiento y liberación:



En el corazón y la vida de nuestros pueblos late un fuerte sentido de esperanza, no obstante las condiciones de vida que parecen ofuscar toda esperanza. Ella se experimenta y alimenta en el presente, gracias a los dones y signos de vida nueva que se comparte; compromete en la construcción de un futuro de mayor dignidad y justicia y ansía “los cielos nuevos y la tierra nueva” que Dios ha prometido en una morada eterna (DA n. 536).

El desafío del futuro exige de la Iglesia la convicción hecha siempre testimonio de que sin Cristo no se puede hacer nada. Los planes de cara al futuro, las estrategias, lo que podamos proponer, sencillamente hay que hacerlo desde lo que es propio e irrenunciable para la Iglesia: el EVANGELIO DEL SEÑOR JESÚS. De lo contrario, se podrá caer en la tentación de aquellos israelitas llegados del exilio: acomodarnos, buscar lo dejado, recuperar lo perdido. Y en esta línea se debe estar muy claros: los pastores y el pueblo fiel deben saber que han de actuar en el nombre del Señor. Incluso, para la Iglesia, el desafío la lleva a actuar siempre mirando el bien de la gente... no en la recuperación de sus propios espacios dejados antes de la pandemia. Una cosa que nunca se debe dejar es el principio de la encarnación. Este se ha desarrollado ampliamente en muchos sectores eclesiales, para lo cual se han valido de medios de comunicación, redes sociales y otros instrumentos. Se ha hecho una peculiar forma de “*Iglesia en salida*”. Y hay esto hay que tenerlo en cuenta, sin dejar de ver en el horizonte pastoral la centralidad de Cristo, pléroma que libera a la humanidad.

Hablaremos seguidamente de uno de los grandes desafíos que nos corresponde asumir y al que hay que dar una urgente respuesta. Pero antes, es bueno recordar las palabras de Francisco que nos invitan a tener muy en cuenta lo ya antes dicho: actuar siempre en el nombre del Señor. Solo así se podrá vislumbrar y alcanzar el futuro post-pandemia y de siempre:

Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con Él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con

Dios la vida nunca muere...El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual.

Dentro de la organicidad de la Iglesia, los laicos ocupan un puesto primordial. Ellos, por razón de su pertenencia al pueblo sacerdotal, deben hacerse sentir en el mundo con su índole secular, propia de ellos. Santificarse y santificar el mundo. Dentro de esta perspectiva, una tarea impostergable es la promoción, formación y acompañamiento de un nuevo liderazgo católico laical. Si al decir de Francisco, se debe “desclericalizar” la Iglesia, una acción necesaria es la promoción del laicado y dentro de él de un liderazgo vivo, eficiente, eclesial y decidido. La evangelización no se puede reducir solo a la catequesis, a la celebración o a las obras asistenciales en el marco de la caridad. Es urgente terminar de tomar conciencia de la necesidad de un liderazgo que se haga presente en los diversos ámbitos de la sociedad.

Habida cuenta de su índole secular, los líderes católicos — políticos, sociales, culturales, profesionales— deben actuar como “constructores de la nueva sociedad”. Es un reto que hemos de asumir ya, sin esperar a que nos sorprenda el futuro. No olvidemos las tendencias orientadas a crear un “nuevo orden mundial”. Para nosotros está claro qué debemos hacer: edificar el Reino y hacer patente la novedad del Evangelio que todo lo renueva. Puebla nos habló de una preocupación, casi en términos de “opción preferencial” para atender a los “constructores de la sociedad pluralista (DP 1206 ss.).

Aún cuando hay muy buenas e interesantes realizaciones, siento que todavía no hemos cumplido con lo propuesto en Puebla:

La Iglesia colabora por el anuncio de la Buena Nueva y, a través de una radical conversión a la justicia y el amor, a transformar desde dentro las estructuras de la sociedad pluralista que respeten y promueven la dignidad de la persona humana y le abran la posibilidad de alcanzar su vocación



suprema de comunión con Dios y de los hombres entre sí (cf. EN 18,19,20) (DP 1206).

Ya existen personas y corporaciones que andan promoviendo “*un nuevo orden mundial*” con criterios muy lejanos al Evangelio y a la dignidad de la persona humana. Ellos no están esperando que pase la pandemia para actuar. ¿Qué estamos haciendo nosotros? Es imprescindible no solo una toma de conciencia al respecto, sino una decidida conversión pastoral que nos permita avizorar ya desde ahora un futuro donde haya un liderazgo católico laical capaz de construir una nueva sociedad... Hay que comenzar ya, en aquellos sitios donde no se tenga nada; y seguir profundizando esta tarea donde ya se haya comenzado.

La promoción y acompañamiento de ese liderazgo católico supone una cosa irrenunciable: quienes lo van a ejercer, con la ayuda de los recursos humanos y sostenidos por la gracia del Espíritu, lo han de hacer con los dones recibidos en el Bautismo. Recordarlo nos ayudará a diseñar también estrategias, planes, acciones que, sin dejar de contar con los aportes de las ciencias y de otros elementos metodológicos, estén llenos de los principios y la fuerza transformadora del Evangelio. Recordemos que esos dones que nos caracterizan son la *FE, LA ESPERANZA Y LA CARIDAD*.

a) LÍDERES CATÓLICOS, PERSONAS DE FE:

La fe implica la decidida confianza en Dios, de tal modo que se actúe en su nombre. Pero implica aceptar y asumir el riesgo de seguirlo, de saber que Él está con nosotros, aún en medio de la tormenta. El Papa Francisco nos recuerda el episodio de la “*tempestad calmada*”. Él Maestro les reclama a los discípulos su “*poca fe*”: como echándoles en cara que no se sentían seguros con Él en la barca. Les desafía, y ellos reconocen quién es Él. Pero, no hay que olvidar que con esa misma fe se debe ver que ese mar, en ese momento encrespado y tormentoso, es el mismo que se encontrarán luego de la tempestad. El mismo mar donde debemos bogar luego de la pandemia, es el que nos ha hecho sentir miedo. Los Líderes católicos deben tener esto en cuenta y así, actuar desde su propia fe, sabiendo que no nos conseguiremos con otro mar... es el mismo, pero donde se bogará para obtener la pesca buena y luego llegar a puerto seguro.

b) LÍDERES CATÓLICOS: HOMBRES DE ESPERANZA:

La esperanza no es una actitud de conformismo o de resignación, ni consiste en aguardar que otros vengan a resolvernos los problemas. Con los dones del Espíritu, particularmente el del consejo, la sabiduría y el entendimiento, un Líder Católico está llamado a ser *PERSONA DE ESPERANZA*. Para ello, debe tener, primero, la conciencia de haber sido llamado por Jesús a contagiar esperanza. Como lo supo interpretar Jeremías en el relato de su vocación: debe ser capaz de destruir lo negativo, derribar los muros de división, edificar sobre roca y plantar la semilla de la plenitud. Para ello, hay un episodio evangélico que manifiesta la esperanza como respuesta del líder católico. Ante la multitud que había ido tras Él y a la cual había que darle de comer, el Maestro le dice a sus discípulos: “*Denles ustedes de comer...*”. El intervendrá con lo que le es propio... Pero así convirtió a sus discípulos en hombres de esperanza, capaces de resolver en los momentos inesperados y difíciles. Es decir, los retó y les hizo factores de esperanza: “son ustedes los que les deben dar el pan...” que el Señor Jesús multiplicó.

c) LÍDERES CATÓLICOS: HOMBRES DE CARIDAD Y AMOR:

El mandamiento del Señor fue claro: “*En esto conocerán que ustedes son mis discípulos, en que se aman los unos a los otros como Yo los he amado*” (Jn 13,35). Aquí está la clave del éxito de todo trabajo apostólico y de liderazgo de miembros de la Iglesia. Actuar en el nombre del Señor implica “*amar como Yo los he amado*”. Y el amor todo lo puede. Es lo que evitará que se desvíen las atenciones, o se busquen satisfacer los intereses particulares y el afán de poder. Con el testimonio de amor, el líder católico hará posible que muchos se acerquen, regresen al redil... y se construya así el reino de Dios, con justicia, paz, libertad, solidaridad, fraternidad... Es desde la caridad, como esos líderes de hoy y de mañana harán sentir la importancia de luchar y defender el bien común de todos.

Actuando con la conciencia de ser discípulos de Jesús, por tanto, en su nombre como *PERSONAS DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD*, siempre, pero de manera especial, los líderes católicos serán capaces de llevar a cabo los ejes direccionales de su trabajo en clave eclesial y evangelizadora:



- a) **EN COMUNIÓN:** tanto con la Iglesia como con la sociedad, de manera incluyente; realizará su trabajo sin distinciones ni discriminaciones de ningún tipo. Por actuar en nombre del Señor, lo imitarán en todo y sabrán que su compromiso es para la liberación plena de todos, para lo cual deben “*servir y no ser servidos*” (*Mc 10*). Todo ello con la conciencia de actuar como miembros de la Iglesia, sacramento de comunión y en su nombre.
- b) **CON TESTIMONIO DE LA PALABRA:** si algo debe caracterizar a un líder católico que actúa en el nombre del Señor es ser testigo. Y debe serlo sin temor ni temblor, haciendo difundir la misma Palabra con sus consecuencias (entre ellas la Doctrina Social de la Iglesia) en todas partes y circunstancias (cf. *1Tes 1,7-9*).
- c) **CON SENTIDO CELEBRATIVO (LITÚRGICO):** dando acción de gracias y motivando a los demás a lo mismo, para reconocer la importancia de Dios en la vida e historia de la humanidad y caminar en “la novedad de vida” (*Rom 6,4*). Así mismo debe tener la actitud del compartir lo que se festeja, que es la vida. Si hay un compromiso por la vida, esta será siempre celebrada, aún en medio de las dificultades y problemas. Vida y dignidad humana que reflejan la vida y la santidad del Dios de la Creación.
- d) **CON TOTAL CARIDAD:** Siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos, ayudar a que todos sean partícipes de los bienes de la creación, se comparta lo que se posee y se ayude con total solidaridad... de manera que todos seamos capaces de colocar lo que tenemos en común y así nadie pase necesidad (cf. *Hch 2*).

Un líder católico debe enfrentar hoy y en la post-pandemia los desafíos que se le van presentando; ha de hacerlo como creyente y discípulo de Cristo, como miembro del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, y con la conciencia segura de ser servidor y testigo como lo entendió Pablo desde el mismo día de su conversión (cf. *Hech 26,16*). Habida cuenta de esto, en la perspectiva del reino de Dios, el líder católico habrá de empeñarse a contribuir en la re-construcción de la sociedad después de esta emergencia sanitaria que tenemos. Y debe hacerlo con la plena conciencia de que es un constructor de la sociedad. Sin excluir a nadie, sin encerrarse en capillismos de sus asociaciones... debe manifestarse como un agente de la Iglesia en Salida, para buscar, atraer, curar, alentar...

Se requiere el acompañamiento de toda la Iglesia. Más todavía, deben sentirse no solo miembros de la Iglesia, sino protagonistas de la Iglesia en la sociedad. Por eso, hoy y mañana, los ministros y pastores, los agentes de pastoral, los dirigentes laicales tienen la gran responsabilidad de promover, alentar, acompañar y sostener a los líderes laicos que trabajan y trabajarán en el mundo. En todos los sectores del mismo: la política, lo social, lo económico, lo cultural, etc. Así nos lo dice el DP 1253:

A los hijos de la Iglesia que se empeñan en puestos de avanzada queremos transmitirles nuestra confianza en su acción, haciendo de ellos nuestros mensajeros de nuevas esperanzas. Sabemos que en el Evangelio, en la oración y en la Eucaristía, tratarán de encontrar la fuente para constantes revisiones de vida y la fuerza de Dios para su acción transformadora.

Con los planes, estrategias que se vayan desarrollando, se podrá ir asumiendo esa tarea con más “*parrhesía*” (valentía y determinación) a fin de conseguir que se vaya edificando la CIVILIZACIÓN DEL AMOR.

LA CIVILIZACIÓN DEL AMOR

Ni el odio, ni la competición, ni la avaricia será su “dialéctica”, sino el amor, el amor generador de amor, el amor del hombre por el hombre, no por intereses temporales o ambiguos, o por autocomplacencia, sino para el amor a Ti; a Ti, oh Cristo descubierto en el sufrimiento y en las necesidades de todos nuestros semejantes. La civilización del amor prevalecerá en los afanes frente a las implacables luchas sociales, y dará al mundo la soñada transfiguración de la humanidad finalmente cristiana.

(Pablo VI)

Todo esto supondrá de parte de la Iglesia (Obispos, vicarios de pastoral, grupos apostólicos, Escuelas Católicas, Universidades católicas o afines) tres pasos:



- Captación y promoción de líderes. Católicos.
- Formación y compromiso de los líderes.
- Acompañamiento y lanzamiento (envío).

Es una tarea necesaria en nuestro Continente tan golpeado además por la crisis moral-socio-económica-política agravada por el gravísimo vacío de liderazgos creíbles en todos los campos. De allí la urgencia de un trabajo que nos impulse ahora y en la post-pandemia a darle una respuesta desde la fe a todos los hombres y mujeres de nuestras naciones. Esto es válido para toda América Latina. En nuestras Iglesias locales, desde los movimientos apostólicos, las comunidades parroquiales y todas las instancias eclesiales, se debe no solo tomar conciencia, sino tomar la decisión de hacer realidad esto. Cada país, cada Iglesia local podrá hacerlo según sus propias características y necesidades. Sin embargo, no es algo que puede esperar para después. Hoy es el día de la luz, nos recuerda Pablo... hoy es el día en el que hacemos memoria del futuro liberador de la Pascua de Jesús. Hoy y no mañana...

La clave será hacerlo con una profunda espiritualidad centrada en Cristo, como nos lo enseña el Papa Francisco:

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que solo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.